

## *(Ideas para una charla sobre “Presente y Futuro. Fe y Esperanza de la Iglesia”)*

El 29 de mayo de 1453 cayó Constantinopla. La segunda Roma y capital del Imperio Romano de Oriente fue engullida por el Islam hasta llegar a perder su propio nombre, aunque eso sucediera aún hace pocos años. Una ciudad que tenía 300 iglesias y 80 monasterios, todos ellos coronados por la obra máxima de la arquitectura del mundo antiguo, Santa Sofía, que aún podemos contemplar; aquella ciudad, que era la nueva Roma de Constantino el Grande (y que vio su ruina durante el mandato de otro Emperador Constantino, el XI) vio su ruina como el fin del mundo antiguo y de la Edad Media: allí terminó la Edad Media, el 29 de mayo de 1453. El Patriarca de Constantinopla tiene actualmente por sede una modesta capillita en el barrio del Fanar.

El asedio de Constantinopla había comenzado el 7 de abril, pero los primeros ataques sobre la ciudad y sobre lo que quedaba del Imperio habían comenzado en 1391, casi 62 años antes.

Una leyenda explica que en algún momento del asedio de Constantinopla una masa de filósofos, teólogos, políticos y hasta del entero vulgo, se hallaban enzarzados en la insulsa discusión acerca del sexo de los ángeles, mientras a las puertas de la ciudad los turcos hacían cola para comenzar a repartirse lo que quedaba de la otrora orgullosa capital del cristianismo universal.

Aunque ahora sea simbólicamente, tengo la impresión de que hoy se está repitiendo este hecho entre nosotros. Afuera, el mundo está dirigiendo su artillería contra la Iglesia, que tiene dentro una quinta columna, cuyos ataques son aún más mortíferos, y nosotros, todavía aparentemente protegidos por las murallas de Adriano, y creyendo que nunca van a caer, estamos discutiendo de Ecología y Reciclaje de plásticos. Pero mientras tanto, el asedio no cesa.

“Ahora todo va muy rápido, señor cura”, me dijo hace un año una anciana de una Residencia. Nadie puede negar esto.

“EL PNV APRUEBA EL PRESUPUESTO DE 2018 y Rajoy gana dos años de eternidad” titulaba el Diario de Sevilla el día 23 de mayo de este año. Diez días después cayó el Gobierno de Rajoy, como todo el mundo sabe.

Sí. Ahora todo va muy rápido.

En lo que afecta a la Iglesia, el continuo escándalo de la pedofilia, cuyas dos noticias más graves y escandalosas han sido la deposición del Cardenal McKarrick y en informe del Tribunal o Gran Jurado de Pennsylvania, escándalos que vinieron precedidos por otros en Irlanda, Chile y Australia, movieron hace unos días al arzobispo Gänswein, secretario de Benedicto XVI, a calificarlo de “11 de septiembre de la Iglesia” en la presentación del libro *“La opción benedictina”*, escrito por el periodista americano Rod Dreher.

En ese acto el prelado alemán recordó:

“Hoy es 11 de septiembre, que en Estados Unidos, desde otoño de 2001, es llamado simplemente ‘nine/eleven’, para recordar esa tragedia apocalíptica en la que entonces miembros de la organización terrorista al-Qaeda atacaron Estados Unidos, Nueva York y Washington, frente a los ojos del mundo entero, utilizando como granadas dos aviones de línea secuestrados durante el vuelo y llenos de pasajeros”.

“Cuánto más me metía en el libro de Rod Dreher, a la luz del torbellino de noticias de las últimas semanas —después de la publicación del informe del Gran Jurado de Pennsylvania—, en este encuentro no podía no vislumbrar un verdadero acto de la Providencia Divina: hoy, efectivamente, también la Iglesia católica ve llena de desconcierto su propio 11 de septiembre, aunque esta catástrofe no se asocia desgraciadamente a una única fecha, sino a tantos días y años, y a incontables víctimas”, prosiguió Gänswein.

El secretario de Benedicto XVI pidió que no le malinterpretaran: “No pretendo comparar ni a las víctimas ni los números de los abusos en el ámbito de la Iglesia católica con las 2996 personas inocentes que el 11 de septiembre perdieron la vida tras los atentados terroristas en el World Trade

Center y en el Pentágono. Nadie, hasta ahora, ha atacado a la Iglesia con aviones de línea llenos de pasajeros. La Basílica de San Pedro está en pie y también las catedrales de Francia, Alemania o Italia, que siguen representando el emblema de muchas ciudades del mundo occidental, desde Florencia hasta Chartres, pasando por Colonia y Munich. Sin embargo, las noticias que vienen de Estados Unidos con las que últimamente nos hemos enterado de cuántas almas han sido heridas irremediable y mortalmente por sacerdotes de la Iglesia Católica, nos transmiten un mensaje mucho más terrible del que podría haber representado la noticia del sorpresivo derrumbe de todas las iglesias de Pennsylvania, junto con la Basílica del Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción de Washington.”

Gänswein añadió que recordaba “como si fuera ayer” cuando el 16 de abril de 2008, acompañando al Papa emérito precisamente a ese Santuario Nacional de la Iglesia católica de Estados Unidos, “él trató de manera conmovedora de sacudir a los obispos que habían llegado de todos los Estados Unidos: hablaba curvado, por la ‘profunda vergüenza’ provocada por el ‘abuso sexual de menores por parte de sacerdotes’, sobre ‘el enorme dolor que sus comunidades han sufrido cuando hombres de Iglesia han traicionado sus obligaciones y tareas sacerdotales con un comportamiento semejante gravemente inmoral’. Pero evidentemente, en vano, como vemos hoy. La queja del Santo Padre no logró contener el mal, y tampoco las garantías formales ni los compromisos de palabra de una gran parte de la jerarquía”.

El prefecto de la Casa Pontificia continuó recordando las palabras con las que comienza el libro “Nadie vio llegar el aluvión, un auténtico diluvio universal”. Pero Benedicto XVI, con su fuerza profético-analítica, había dicho en 2012 que “*la crisis espiritual que está golpeando el Occidente es la más grave desde la caída del Imperio Romano, que ocurrió a finales del siglo V. La luz del cristianismo está apagándose en todo el Occidente*”, añadió.

Monseñor Gänswein habló de dos mensajes lanzados por Benedicto XVI. El primero fue la advertencia durante el vuelo hacia Fátima, el 11 de mayo de 2010, cuando dijo: “La mayor persecución de la Iglesia no viene de enemigos fuera de ella, sino nace del pecado en la Iglesia”. Y el segundo la denuncia de la “suciedad” presente en la Iglesia, durante el Vía Crucis en el Coliseo pocas semanas antes de ser elegido Papa.

Después se refirió a un “*ecumenismo del general oscurecimiento de Dios*” pero “afirmando que el eclipse de Dios no significa para nada que Dios no exista, sino que muchos ya no reconocen a Dios porque frente al Señor se han interpuesto sombras que lo oscurecen. Hoy son las sombras de los pecados, de los entuertos y de los delitos dentro de la Iglesia lo que oscurecen su luminosa presencia a la vista de muchos”.

Luego preguntó “¿*El tono les parece excesivamente dramático?*”, contestando él mismo que “dramáticos son los datos de los que han dejado la Iglesia, y mucho más los recientes datos según los cuales en mi país, Alemania, solamente el 9,8% de los fieles se reúne el domingo en las casas de Dios para celebrar la eucaristía”. “Es verdaderamente una crisis de los últimos tiempos en la que la Iglesia católica se encuentra sumergida desde hace tiempo”, continuó el secretario de Benedicto XVI, quien citó al cardenal Eijk, que “ha admitido que, viendo la crisis actual, piensa en la prueba final que tendrá que atravesar la Iglesia antes de la venida de Cristo descrita en el catecismo y que ‘sacudirá la fe de muchos creyentes’. ‘La persecución —continúa el Catecismo— que acompaña el peregrinaje de la Iglesia sobre la tierra revelará el misterio de iniquidad”.

#### *CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 675*

«*Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el “misterio de iniquidad” bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne*»

Hasta aquí la reflexión de Gänswein.

Si antes nos veíamos sorprendidos por una noticia terrible y vergonzosa al mes, ahora nos vemos sorprendidos por una noticia al día. Y a veces dos en el mismo día. Tal pareciera que las murallas de la Iglesia se están derrumbando a tal velocidad que parecen las fichas de dominó de un satánico juego.

Pero la ola de inmundicia que asola la Iglesia no ha surgido de la noche a la mañana, ni tampoco es de una magnitud superior al del resto de la sociedad. Pero en nuestro caso está magnificada porque la Iglesia debiera ser la antorcha y luz que iluminara el mundo con el evangelio de Cristo, y en cambio aparece como el humo de Satanás que contamina el mundo.

Todo el mundo conoce aquella frase de Pablo VI acerca del “humo de Satanás entrando en la Iglesia”, pero pocos conocen el párrafo completo de su triste disertación, que ahora traigo a colación:

PABLO VI (15 nov. 1972):

*“Delante de la situación de la Iglesia de hoy, tenemos el sentimiento que, por algunas fisuras, el humo de Satanás ha entrado en el pueblo de Dios. Vemos la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud, la insatisfacción, el enfrentamiento. Ya no se tiene confianza en la Iglesia, se confía en el primer profeta que acaba de llegar... sin tener en cuenta que nosotros ya poseemos la verdadera Vida y que Nosotros somos maestros... Se creía que después del Concilio el sol habría brillado sobre la historia de la Iglesia, pero en lugar de sol hemos tenido las nubes, la tempestad, las tinieblas, la búsqueda y la incertidumbre. Hemos promovido el ecumenismo y nos separamos cada día más unos de otros... ¿Cómo ha podido producirse todo eso? Una potencia adversa ha intervenido. Su nombre es el diablo: este ser misterioso al cual se refiere San Pedro en su carta (1 Pe 4, 8-9)... Nosotros creemos en la acción que Satanás ejerce hoy en el mundo...”*

*“El pecado es efecto de la intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El Mal no es solamente una deficiencia. Es el hecho de un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Realidad terrible, misteriosa y temible. Se apartan de la enseñanza de la Biblia y de la Iglesia aquellos que rehúsan reconocer su existencia o que hacen de Él un principio autónomo que no tiene, como toda criatura, su origen en Dios, o que lo explican como una pseudorealidad, una invención del espíritu para personificar las causas desconocidas de nuestros malos”*.

*“¿Cuáles son las necesidades más grandes de la Iglesia? Que no os maraville como simplista o incluso supersticiosa o irreal nuestra respuesta: Una de las más grandes necesidades de la Iglesia es la defensa contra este mal que llamamos demonio”*.

El 1 de octubre de 2013, al medio año de subir al solio pontificio, S.S. el Papa Francisco, el fundador del diario *La Repubblica*, Eugenio Scalfari, entrevistó al Papa. La entrevista comienza así:

*Me dice el Papa Francisco: "El mal más grave que afecta al mundo en estos años es el paro juvenil y la soledad de los ancianos. Los mayores necesitan atención y compañía, los jóvenes trabajo y esperanza, pero no tienen ni el uno ni la otra; lo peor: que ya no los buscan más. Les han aplastado el presente. Dígame usted: ¿se puede vivir aplastado en el presente? ¿Sin memoria del pasado y sin el deseo de proyectarse en el futuro construyendo un proyecto, un futuro, una familia? ¿Es posible continuar así? Éste es, en mi opinión, el problema más urgente que la Iglesia tiene que enfrentar".*

No puedo ocultar la desazón y perplejidad que me envolvieron aquellas palabras del Santo Padre, al casi inicio de su pontificado. A juicio del Sumo Pontífice el problema más urgente que la Iglesia tiene que enfrentar es el paro juvenil y la soledad de los ancianos.

Pensé entonces que si todo el problema del mundo era eso, la solución no era tan difícil: con la ayuda de Internet las Oficinas de Empleo podrán, tarde o temprano, solucionar el problema del paro. Y mientras tanto los subsidios sociales servirán para paliar el paro, el juvenil y el otro. En cuanto a los ancianos, basta con que se construyan más residencias de ancianos y en la Iglesia se promuevan voluntarios y congregaciones para la visita de Asilos, y el problema ya no será tan grave.

Luego pensé que tal vez el Papa no lo había meditado suficientemente, o bien no quería ser ave de mal agüero para decir en público lo que en el fondo seguramente pensaría: que el problema más urgente que la Iglesia tiene que enfrentar es el alejamiento de Dios, la “apostasía silenciosa” que decía San Juan Pablo II, la cual, hoy día, nadie puede negar que se ha convertido ya en apostasía clamorosa.

Seis meses después, en julio de 2014, Pablo Calvo, un periodista argentino, pudo entrevistar de nuevo al Papa, pero esta vez en español, permitiéndole así expresarse con más soltura. Y le pidió de pronto que le diese diez consejos para buscar la felicidad. El Papa se animó y dejó este “*Decálogo para ser feliz*” que cualquiera puede encontrar en Internet, y yo resumo ahora sin los comentarios.

“He aquí diez elementos de esa pócima que parece inalcanzable, pero que Francisco convida”, introduce el periodista.

- 1) Viví y dejá vivir. Este es el primer paso de la paz y la felicidad.
- 2) Darse a los demás.
- 3) Moverse remansadamente.
- 4) Jugar con los chicos.
- 5) Compartir los domingos con la familia.
- 6) Ayudar a los jóvenes a conseguir empleo.
- 7) Cuidar la naturaleza.
- 8) Olvidarse rápido de lo negativo.
- 9) Respetar al que piensa distinto.
- 10) Buscar activamente la paz.

En este famoso “Decálogo de la felicidad” no aparece Dios, ni Cristo, ni la Fe, ni la Esperanza, ni el negarse a sí mismo, ni el seguimiento de Cristo, ni la vida interior, ni el perdón de las ofensas...

Lo sorprendente del caso es que éstos son consejos del Vicario de Cristo para alcanzar la felicidad, aunque podríamos verlos escritos en cualquier libro de auto-ayuda, incluso pagano.

Pero de verdad se puede ser feliz prescindiendo de Dios. Si eso es así ¿para qué esforzarse en vivir el evangelio? ¿Para qué perdonar las ofensas? ¿Para qué poner la otra mejilla? ¿Para qué cargar con la cruz de cada día? ¿Para qué acudir a misa los domingos?

Estas dos “palabras” o enseñanzas (“*el problema más urgente que la Iglesia tiene que enfrentar es el paro juvenil*” y el “*Decálogo para ser feliz*”) reflejan, a mi modo de ver, el verdadero problema por el que atraviesa la Iglesia en nuestros días: la pérdida de la fe. Por primera vez en la Historia, el ateísmo se ha hecho casi universal en nuestro mundo occidental y tal pareciera que va contagiando irremediablemente al resto de las sociedades.

En la 2ª carta escrita a Timoteo le dice San Pablo:

"Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; Apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas. Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio."

## JOSEPH RATZINGER HACE 50 AÑOS

### *¿Bajo qué aspecto se presentará la Iglesia en el año 2000?*

Hace poco más de cincuenta años y casi una década antes de ser nombrado obispo por Pablo VI, el entonces sacerdote y profesor de teología en Tubinga y luego Ratisbona, Dr. Joseph Ratzinger, emitía una serie de charlas en un programa radiofónico de su país. Estas charlas se publicaron en 1970 en un libro titulado “Fe y futuro”. Reproducimos, por su riqueza y candente actualidad, el último capítulo del mencionado libro:

*Nuestra situación eclesial actual es comparable ante todo al período del llamado modernismo, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX y, en segundo lugar, al final del rococó, apertura definitiva de la época moderna con la Ilustración y la revolución francesa.*

*La crisis del modernismo no se realizó por completo, sino que fue interrumpida por las medidas de Pío X y por el cambio de situación espiritual tras la primera guerra mundial; la crisis actual es sólo la reanudación, diferida durante mucho tiempo, de lo que empezó entonces. Así, queda la analogía con la historia de la Iglesia y de la teología en la Ilustración. Quien la analice más detenidamente se sorprenderá por el grado de semejanza entre lo que sucedió entonces y lo que sucede hoy.*

*La Ilustración tuvo su movimiento litúrgico, en el cual se intentó simplificar la liturgia, reduciéndola a sus estructuras fundamentales y originarias; había que eliminar los excesos del culto a las reliquias y a los santos y, sobre todo, había que introducir en la liturgia la lengua vernácula, especialmente el canto popular y la participación comunitaria.*

*La Ilustración tuvo su movimiento episcopal, que quería subrayar, frente a una centralización unilateral de Roma, la importancia de los obispos; tuvo sus componentes democráticos como, por ejemplo, el caso del vicario general de Constanza, Wessenberg, que exigía sínodos diocesanos y provinciales democráticos. Quien lee sus obras cree encontrarse con un progresista de nuestros días: se pide la abolición del celibato, se admiten sólo formularios sacramentales en lengua vernácula, se bendicen matrimonios mixtos sin el compromiso de la educación de los hijos, etcétera.*

*En efecto, están los progresistas extremos, representados, por ejemplo, por la triste figura del arzobispo parisino Gobel, que siguió valientemente todos los pasos del progreso de su tiempo: primero, a favor de una Iglesia nacional constitucional; después, como si tampoco esto fuera ya suficiente, renunció solemnemente al sacerdocio, declarando que, desde el feliz inicio de la revolución, no había ya necesidad de más culto nacional que el de la libertad y la igualdad. Participó en la adoración de la diosa razón en Notre Dame, pero al final el progreso pasó también sobre él: bajo Robespierre, el ateísmo volvió a ser de pronto un delito y el ex arzobispo fue conducido a la guillotina como ateo, y ajusticiado.*

*En Alemania la situación se presentó más tranquila. Habría que mencionar como progresista clásico, por ejemplo, al director del Georgianum de München, Matthias Fingerlos. En su obra “Sacerdotes ¿para qué?” explica que el sacerdote debe ser ante todo un maestro del pueblo, que debe instruir al pueblo sobre la agricultura, la ganadería, el cultivo de la fruta, sobre los pararrayos, pero también sobre la música y el arte. Hoy se diría: el sacerdote tiene que ser ante todo un trabajador social y debe ponerse al servicio de la construcción de una sociedad racional, purificada de los irracionalismos.*

*Con esto hemos llegado a nuestro hoy y a la reflexión sobre el mañana. El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy sólo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes sólo dan recetas. No vendrá de quienes sólo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes sólo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible.*

*Tampoco vendrá de quienes eligen sólo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos. Y, por tanto, por seres humanos que perciben más que las frases que son precisamente modernas. Por quienes pueden ver más que los otros, porque su vida abarca espacios más amplios.*

*Si hoy apenas podemos percibir aún a Dios, se debe a que nos resulta muy fácil evitarnos a nosotros mismos y huir de la profundidad de nuestra existencia, anestesiados por cualquier comodidad. Así, lo más profundo en nosotros sigue sin ser explorado. Si es verdad que sólo se ve bien con el corazón, ¡qué ciegos estamos todos!*

*¿Qué significa esto para nuestra pregunta? Significa que las grandes palabras de quienes nos profetizan una Iglesia sin Dios y sin fe son palabras vanas. No necesitamos una Iglesia que celebre el culto de la acción en «oraciones» políticas. Es completamente superflua y por eso desaparecerá por sí misma. Permanecerá la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia que cree en el Dios que se ha hecho ser humano y que nos promete la vida más allá de la muerte.*

*De la misma manera, el sacerdote que sólo sea un funcionario social puede ser reemplazado por psicoterapeutas y otros especialistas. Pero seguirá siendo aún necesario el sacerdote que no es especialista, que no se queda al margen cuando aconseja en el ejercicio de su ministerio, sino que en nombre de Dios se pone a disposición de los demás y se entrega a ellos en sus tristezas, sus alegrías, su esperanza y su angustia.*

*Demos un paso más. También en esta ocasión, de la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privilegios en la sociedad.*

*Se presentará, de un modo mucho más intenso que hasta ahora, como la comunidad de la libre voluntad, a la que sólo se puede acceder a través de una decisión. Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros. Ciertamente conocerá también nuevas formas ministeriales y ordenará sacerdotes a cristianos probados que sigan ejerciendo su profesión: en muchas comunidades más pequeñas y en grupos sociales homogéneos la pastoral se ejercerá normalmente de este modo. Junto a estas formas seguirá siendo indispensable el sacerdote dedicado por entero al ejercicio del ministerio como hasta ahora.*

*Pero en estos cambios que se pueden suponer, la Iglesia encontrará de nuevo y con toda la determinación lo que es esencial para ella, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin. La Iglesia reconocerá de nuevo en la fe y en la oración su verdadero centro y experimentará nuevamente los sacramentos como celebración y no como un problema de estructura litúrgica. Será una Iglesia interiorizada, que no suspira por su mandato político y no flirtea con la izquierda ni con la derecha. Le resultará muy difícil.*

*En efecto, el proceso de la cristalización y la clarificación le costará también muchas fuerzas preciosas. La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños. El proceso resultará aún más difícil porque habrá que eliminar tanto la estrechez de miras sectaria como la voluntariedad envalentonada.*

*Se puede prever que todo esto requerirá tiempo. El proceso será largo y laborioso, al igual que también fue muy largo el camino que llevó de los falsos progresismos, en vísperas de la revolución francesa (cuando también entre los obispos estaba de moda ridiculizar los dogmas y tal vez incluso dar a entender que ni siquiera la existencia de Dios era en modo alguno segura) hasta la renovación del siglo XIX.*

*Pero tras la prueba de estas divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planificado. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos, su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo. Como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas.*

*A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado todavía. Hay que contar con fuertes sacudidas. Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político, que fracasó ya en Gobel, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será nunca más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte.*

El día de la charla comenté unas ideas que no tenía escritas, tan sólo apuntadas. Eran éstas:

- La crisis moral de la Iglesia es consecuencia de la pérdida progresiva de la fe al interior de la Iglesia.
- Esto explica:
  - el fin de las vocaciones
  - el fin del matrimonio
  - el fin de la vida religiosa clásica, después de 1.600 años.
  - (poner ejemplo de los testimonios en las Clausuras: "me encantó" "lo pasé muy bien" "hice muchos amigos" "fue genial"...)
- La pérdida de la fe es consecuencia de una general pérdida de la razón (ideología de género y justificación social del infanticidio)
- El Anticristo es el hombre.